

un ángel brillante de luz que guarda una espada en su vaina; la peste cesa el mismo día. Cuatro hechos, todavía subsistentes, han atravesado los siglos para atestiguar este milagro: la procesion de San Márcos, que se hace cada año en la iglesia de Occidente; la estatua de bronce del arcángel San Miguel, colocada sobre el muelle de Adriano, que tomó desde entónces el nombre de castillo de Sant-Angelo; la antífona á María: *Regina caeli*, que la Iglesia católica no ha cesado de repetir desde aquel memorable día; y por fin, la inscripcion de que hablo, grabada en el templo de María, en reconocimiento de aquel beneficio. ¿Cómo ver con sus propios ojos aquella inscripcion tan gloriosamente monumental, sin repetir con toda la efusion de profundo reconocimiento y de amor: *Regina caeli latare, alleluia?* 1

A la izquierda del altar mayor se encuentra la capilla de Santa Elena: sobre el friso circular del dosel, se lee la segunda inscripcion, que nos dió en que pensar. Está puesta en estas palabras: *Hec quae Ara-Caeli appellatur evden in loco dedicata creditur in quo Virgo sanctissima Dei Mater cum filio suo se Caesari Augusto in circulo aureo é caelo monstrasse perhibetur.* "Esta capilla, llamada *Ara-Caeli*, está, segun la tradicion, edificada en el lugar mismo en que se cree que la Santísima Virgen Madre de Dios, teniendo á su Hijo en los brazos, se dejó ver del emperador Augusto, en el cielo, en medio de un círculo de oro."

¿Cuál es el origen de esta tradicion? Los autores refieren que Augusto consultaba un día al oráculo de Apolo, para saber quién sería, despues de él, el señor del mundo; segun costumbre, ofrecia una hecatom-

1 En memoria del milagro, sólo los religiosos de *Ara-Caeli* tienen el privilegio de cantar el *Regina*, cuando en las oraciones públicas, hay procesiones que pasan delante del castillo de Sant-Angelo.

be; pero el dios no respondió; permaneció mudo. Vuelve á empezar el sacrificio, y el dios nada responde. Obligado de nuevo, Apolo da por fin este oráculo:

Me Puer hæbræus divos Deus ipse gubernans
Cedere sede jubet tristemque redire sub orbem;
Aris ergo dehinc tacitus abscedito nostris.

"Un niño hebreo, Dios mismo y Señor de los dioses, me obliga á dejar el lugar y á volver tristemente al infierno. En adelante, retírate, que no hallarás respuesta en mis altares."

Vivamente admirado de aquel oráculo, Augusto fué al Capitolio é hizo erigir allí un altar al Niño Dios, con esta inscripcion: *Ara Primogeniti Dei*: "Altar del Primogénito de Dios." El mismo hecho ha sido referido con poca diferencia por otros historiadores. El emperador tenia que consultar á la sibila de Tibur, para saber si debía permitir que se le honrase como á un dios. Despues de tres días de un ayuno severo, Augusto vió el cielo abierto, y sobre un altar á una Virgen de extraordinaria belleza, que tenia en sus brazos á un pequeño niño, y oyó una voz que decia: "Este es el altar del Hijo de Dios." *Hec ara Filii Dei est.* En consecuencia, Augusto prohibió que á él se le llamase dios y mandó erigir el altar de que hemos hablado. 1

Cuando se piensa en que todas las tra-

1 Véase á Nicephoro, lib. I, cap. 17; Suidas *in August*; Cedrenus, *id.*; Fredericus Muller: *An Caesari Augusto quidquam de Nativitate Christi innovaverit?* Geræ 1879. *Storia della chiesa e convento de S. M. d' Ara-Caeli*, pag. 157; de Ara Nanneti, 1636, á Petro Bertaldo, cap. 29.—*Thesaur.* Groevii, t. VI; Trombelle. *Vita B. Virg.* t. II, pág. 319-328.—Martinus Polonus; San Antoninus; P. Francis Gonzaga; Petrarcha, in lib. 2. epist.; Ambros. Novidius Flaccus, lib. II. *Sacr. Fast.* pag. 162. Anonymus Christianus apud Othonem Aicher, *in Horto variarum inscriptio-num*, pág. 77; P. Casimoro da Roma, *Capella de Santa Elena*, 157; Eusebio, citado por Casaubon: Baron. *Apparatus*, edit. Lucques, 1740 pág. 447; *Annales de philosophie chret.*, t. XIV, pág. 62.

diciones del Oriente y del Occidente, anunciaban la venida del Mesías; cuando se sabe que la revelacion directa del misterio de la Encarnacion, fué hecha á muchos paganos, se vé uno inclinado á creer que los señores del mundo no la ignoraron, é independientemente de las pruebas históricas que la apoyan, esta tradicion es probable. 1

1 Tal es, pues, el origen de esa tradicion. Véamos cuál es su valor. Si se toma uno el trabajo de analizar los numerosos escritos publicados en esta cuestion, se encuentra el sí y el nó entre los sabios. Aquellos que niegan la autenticidad del hecho, se apoyan: 1° en el silencio absoluto de los padres y de los autores profanos; 2° objetan la diferencia que se encuentra en la relacion de los mismos hechos; 3° dicen que no habia sibila en tiempo de Augusto; la de Cumas, que fué la última que profetizó, era contemporánea de Tarquino el Soberbio. Los que afirman, responden: 1° que el silencio de los padres y de los autores paganos es una prueba negativa que no puede anular el testimonio positivo de la tradicion y de los historiadores posteriores; 2° que estamos lejos de poseer todos los escritos de los primeros padres de la Iglesia y aun de los autores profanos; que las actas de Nuestro Señor, enviadas á Tiberio por Pilatos, y segun el testimonio de Tertuliano y de San Justino, depositadas en los archivos del senado, han perecido; pero si un monumento de primer orden como aquel pudo desaparecer, ¿qué tiene de extraño que otras piezas menos importantes, hayan corrido la misma suerte? Que los paganos convertidos en perseguidores de la Iglesia, se dedicaron segun el testimonio de Eusebio, á destruir todo lo que podia ser favorable al cristianismo. Hé ahí lo que responden á la primera objeccion.

En cuanto á la diferencia que existe en la relacion del hecho, léjos de encontrar en ella alguna objeccion, dicen que es más bien una prueba de verdad. Y desde luego ella prueba que no ha habido connivencia entre los escritores; además, no hay diferencia sino en circunstancias secundarias, permaneciendo el hecho capital el mismo, esto es, la revelacion hecha á Augusto y el altar levantado por aquel príncipe al Hijo de Dios.

Pasando á la tercera objeccion, tomada de la no existencia de la sibila bajo el reinado de Augusto, responden que el error ó el anacronismo de los historiadores está más bien en los nombres que en los hechos. 1° Es cierto que hubo una Sibila en Tivoli, conocida en la historia bajo el nombre de Sibila Tiburtina. 2° Es cierto que en Tibur existia un oráculo famoso á quien no se desdaban los emperadores romanos de consultar. De ello tenemos una prueba irrefragable

Satisfecho el espíritu y contento nuestro corazón, nos propusimos volver á ver la querida iglesia de *Ara-Caeli*.

Delante de nosotros estaba la antigua subida al *Asilo*, especie de camino que conduce al Forum cerca del arco de Septimo Severo. Lo tomamos y bien pronto estuvimos en los umbrales de la famosa prision Mamertina. Antes de entrar en

en la vida de Adriano. Este príncipe, despues de haber edificado su famosa *vila*, fué á preguntar al oráculo de Tivoli los secretos del porvenir, y la respuesta del dios ocasionó el martirio de Santa Sinforosa y de sus siete hijos. 3° En lugar de decir el oráculo de Tibur, toda la falta del historiador es haber escrito la sibila de Tibur, este es un error insignificante.

Es por sí mismo insignificante, puesto que no destruye el hecho principal referido por otros historiadores en esta circunstancia; además, era tanto más fácil de cometerse, cuanto que el oráculo de Tibur hubiera podido conservar muy bien, en el lenguaje ordinario, su antiguo nombre de la *sibila de Tibur*; en fin, es necesario que esta dificultad sea ménos seria de lo que se quiere que sea, porque no ha arrancado la persuasion de los hombres de una lógica y de una ciencia incontestables, entre otros, de Petrarca, de San Antonio y de otros muchos.

Terminemos esta digresion por algunos principios de crítica general, aplicables no solamente á la revelacion de Augusto, sino tambien á muchos otros hechos de que tendremos que ocuparnos. La sana crítica nos dice: 1°, que en *Derecho* no se puede negar un hecho imposible solo porque es extraordinario, sino porque está mal probado. En el caso, el hecho en cuestion es posible; además, adversarios y defensores, todos convienen en que la iglesia de *Ara-Caeli* debe su nombre á este acontecimiento tradicional (a): aquella iglesia es por otra parte de las más antiguas de Roma. Tobias Corona, agiógrafo distinguido, la cree de fundacion constantiniana (b). Hé ahí, pues, una tradicion que viene de remota antigüedad. Numerosos escritores de diferentes países la miran como cierta (c). Su sentir ha atravesado largos siglos sin contestacion. A fines del décimo sexto, el gran papa Sixto V grabó ó dejó que se grabara á su vista este hecho sobre el obelisco de Santa María la Mayor. ¿Puede suponer-

(a) Certo e pero, che la denominazione di questa chiesa dee ripetersi dalla opinione, che quivi Augusto avesse fatta inalzare un' ara, coltriferita iscrizione. Cancellieri, *Note e festa di natale*, c. XLI, pág. 129.

(b) *Trac. de sacris templis*, p. 1., c. 23.

(c) *Mille escriptori*, etc., estas son las palabras de Cancellieri mismo. *Id.*, p. 128.

ella, enseñémonos á conocerla. Esta prision, negra, húmeda, horrible, debe su nombre al cuarto rey de Roma, Anco Marcio, quien la mandó cavar en la roca misma del Capitolio. Situada casi á la mitad de la temible montaña, se compone de dos calabozos, colocados uno encima de otro. Comenzais por bajar veinticinco piés de debajo de tierra y encontrareis el calabozo superior, llamado propiamente *Prision Mamertina*. Se entra á él por una escalera de construccion moderna; en tiempo de los Romanos, no habia ni escalera, ni puerta: entraban allí los condenados, haciéndoles resbalar por una abertura circular practicada en el centro de la bóveda y que está todavía cerrada por una fuerte reja de fierro. Se ven á la derecha señales de un

se que despues de un tiempo inmemorial los vicarios de Jecucristo hayan autorizado á los religiosos de Ara-Cœli para renovar cada año la tradicion de un cuento pueril, ó que estos religiosos que no estuvieron todos desprovistos de saber, hayan consentin en perpetuar por medio de una oracion pública el recuerdo de un hecho inventado por algun falsario? Porque conviene saber que cada año, durante la octava de Navidad, los religiosos de Ara-Cœli cantan solemnemente despues de completas la antífona siguiente:

STELLATO H C IN CIRCULO,
SIBYLLE TUNO ORACULO,
TE VIDIT REX IN CÆLO.

¿De dónde viene, pues, el desatimiento que hemos marcado? Es fácil indicar su origen. Bajo la influencia del protestantismo, se ejerció en la Europa entera, sobre todas las tradiciones del catolicismo, una *crítica de reaccion*, una *crítica mortífera*. Nadie ignora este hecho.

Por tanto, la sana crítica nos dice: 2º, que en *Derecho* no se puede atacar un hecho que se ha poseido muchos siglos por la fe comun de los hombres competentes, á ménos que se presenten pruebas perentorias de falsedad y de usurpacion. En el caso, ¿qué pruebas perentorias han producido los adversarios de la tradicion de que se trata? ¿Qué monumentos nuevos, desconocidos de los siglos pasados, han sido descubiertos? Ya hemos manifestado sus medios de eviccion; á todo hombre imparcial le toca apreciar su valor. Como quiera que sea, la mayor parte de los apolo-logistas católicos formaron un buen conjunto de tradiciones *secundarias* de la Iglesia: se las puso

respiradero que permitia la entrada de poco aire y muy escasa luz á aquella tumba viva. El calabozo tiene veinticuatro piés de longitud, diez y ocho de latitud y trece de elevacion. Una antigua inscripcion, colocada á la altura de un hombre, dice que aquella prision fué restaurada el año 574 de Roma, por los cónsules Vibius Rufinus y Cocceius Nerva 1.

C VIBIUS C F M COCCIVS NERVA EX S C

Abajo de este primer calabozo, está un segundo más estrecho, más bajo, más húmedo y totalmente privado de luz: éste es, la *prision Tuliana* (*robur Tullianum*). Debe su nombre y su origen á Servio Tulio sexto rey de Roma. Aquí, como en el calabozo superior, bajaban los condenados

bajo la égida de la fe sencilla y sincera de nuestros primeros padres, y queda dicho todo. Se creia por esta concesion apaciguar el hambre de Cerbère, y no se hizo. Dueño de los reductos, se arrojó el enemigo al asalto de la plaza. Bien pronto los campeones de la Iglesia se vieron en la necesidad de armarse con toda especie de instrumentos para defender las tradiciones *generales* que el protestantismo atacaba, con el fin, decia éste, de alejar del espíritu humano todas las supersticiones y sentar la fe sobre el fundamento único de la Escritura. Tal fué la tendencia de la polémica en los siglos déximosexto y déximoséptimo.

Roma no cedió á aquel movimiento peligroso. Guardiana de la verdad, conservó cuidadosamente todas las partículas, protegiendo, como lo hace todavía, todas las tradiciones *secundarias* de los siglos anteriores. Ella guarda con amor los monumentos que la perpetúan; nada ha destruido, nada ha borrado. Solamente como dueña prudente de la verdad, no las impone como artículos de fe, ni hace uso de ellas para basar sus decisiones dogmáticas; pero tambien, reina inmortal de los siglos, no permite que se arrojen al pasado temerarios insultos; en fin, madre llena de bondad, léjos de contener en los vínculos de una estrecha crítica, pretensiosa y á menudo muy apasionada, las tendencias de sus hijos, ella les da toda especie de latitud, proclamando con su conducta, más bien que con sus palabras, el verdadero principio de la civilizacion y del progreso: *in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. "En lo necesario, unidad; en lo dudoso, libertad; en todo, caridad."

1 Tit. Liv., lib. I. Var., lib. IV; Sallust. in Jugurth; Victor in Reg. V

por una abertura practicada en el centro de la bóveda. La prision Mamertina era como una sala de recibo en donde se preparaba el castigo; porque en la prision Tuliana era donde se hacian las ejecuciones de los grandes culpables ¡ah! y de otros muchos que no lo eran! 1 De este modo los desgraciados encerrados en el calabozo superior oian distintamente los gritos sofocados y el estertor de los que eran estrangulados; tambien podian ver por la reja de la bóveda, sus suplicios y sus angustias. Abajo del calabozo Tuliano venian á terminar las gemonías, especie de escalera, llamada así por los gemidos que lanzaban los que la subian. Por esos mismos escalones, los *confectores*, armados de garfos, arrojaban al Tiber, despues de la ejecucion, los cadáveres de los ajusticiados.

Una multitud de personajes célebres de la antigüedad, recibieron la muerte en aquella espantosa prision. El Abd-el-Kader de su época, Jugurtha, rey de Numidia, murió allí de hambre. "Desatado del carro del triunfador, fué, dice Plutarco, arrojado á la prision; algunos de los verdugos le quitaron violentamente sus vestidos; otros le arrancaron una oreja, disputándose el zarcillo que la adornaba. Al bajar desnudo al horrible calabozo, ¡por Hércules! dijo maldiciendo. ¡Qué frío está el baño!" Al cabo de seis días murió, despues de haber luchado vanamente contra los horrores del hambre." 2 Séntulo,

1 Carcer ad terrorem excrecentis audaciæ media urbo imminens Foro ædificatur; Tit. Liv., in Anco Martio, lib. I.—In hoc pars quæ sub terra Tullianum, ideo quod additum a Turio rege; Varr., lib. IV.—Video carcerem publicum saxi ingentibus stratum, augustis foraminibus et oblongis lucis umbram recipientibus; in hunc abjecti rei robur Tullianum aspiciunt, etc.; Calpurn Flaccus.—Post quæstionem in Tullianum ultimum supplicium mit mittebantur; Servius.—In inferiorem carcerem demissus est necatusque. Liv loquens de Plemínio, etc. etc.

2 In Mario.

Cétego, Statilio, Gabinio y Cæpario, cómplices de Catilina, fueron estrangulados allí por orden de Ciceron; Aristóbulo y Triganos despues del triunfo de Pompeya; Sejano por orden de Tiberio; Simon, hijo de Jonas, jefe de los judíos, por orden de Tito; una multitud de senadores y de matronas, por orden de Tiberio, que hizo arrastrar sus cadáveres á traves del Foro, hasta el rio. Pero lo que hace incalculable el número de las víctimas degolladas en aquel terrible calabozo, era la costumbre recibida de matar allí á los prisioneros de alguna importancia, ó por lo ménos, á los jefes extranjeros que habian adornado el carro triunfal del vencedor. Llegados al pié del Capitolio, se les separaba del cortejo. Mientras el triunfador subia por el *clivus capitolinus*, al templo de Júpiter, los desgraciados vencidos eran llevados á las gemonías. Se hacia atravesar un pequeño puente suspendido que comunicaba al calabozo, y le daban prisa para precipitarlos al *robur Tullianum*, en donde eran degollados. El vencedor no salia del templo de Júpiter hasta no haber oido resonar en sus oidos la palabra fatal: *Actum est*. Todo se acabó. 1 Tal era en el mundo antiguo, la suerte que comunmente estaba reservada á los reyes, á los generales extranjeros culpables del único crimen de haber defendido su país y su libertad, contra la ambicion romana.

No eran necesarios tantos recuerdos para penetrarnos de horror al bajar al fondo de la prision Tuliana. ¿Qué sentiriamos

1 Imperatores cum de Foro in Capitolium currum flectere inciperent, captivos in carcere duci jubebant, idemque dies et victoribus imperii et victis finem facit. Cicer. in Verrem, 7.—Moris fuit, ut juberentur occidi, neque ante imperator Capitolio exibat, quam captivos occisos nuntiatum esset. Appian, in triumph Pompeii.—Joseph., lib. VII.—Oros., lib. V. c. 14.—Tit. Liv. lib. XXVI, 13.—Zonar. II, página 30.

bajo la impresion de otro recuerdo más poderoso que todos aquellos anteriores? Nos pareció ver á nuestros padres en la fe, San Pedro y San Pablo, al resplandor de la antorcha que iluminaba nuestros pasos. Allí es, es decir, no solo en el calabozo superior, sino en el calabozo inferior, donde Neron mandó arrojar á los santos apóstoles; de allí fueron sacados el mismo dia para ser conducidos al martirio. Besamos con respetuoso amor la columna de granito á que estaban atados los gloriosos prisioneros; bebimos del agua de la fuente que hizo brotar San Pedro para bautizar á Proceso y á Martiniano, á sus carceleros y á veintiseis soldados, mártires á su vez. Refiriéndose á las circunstancias del tiempo, el cristiano se explica fácilmente el milagro de un manantial brotante; está éste cerca de la columna del Apóstol, de suerte que pudo, á pesar de sus cadenas, tomar de él la agua necesaria para la regeneracion de los neófitos.

Roma, que ha cuidado de señalar, santificándolos, todos los lugares visitados por los apóstoles y los mártires, edificó una pequeña iglesia sobre la prision Mamerquina: está dedicada á San José, patron de los carpinteros. La tribuna enrejada que da entrada al calabozo inferior, parece haber sucedido á las gemontas, y corresponder exactamente á la abertura por la cual los verdugos sacaban con garfos los cadáveres de las víctimas. Todo el dia se ven allí almas fervientes ó piadosos peregrinos derramar lágrimas, y orar en esos lugares, teatros de tantas atrocidades. Nosotros mezclamos nuestras expiaciones á las suyas. Tal es, á mi parecer, para todo viajero sério y cristiano, la única manera racional de concluir aquella rica visita del Capitolio.

17 DE DICIEMBRE.

Forum: lo que es.—Forum romano.—Edificios.—Basilicas.—Templos.—Tribuna de las arengas.—Comitium.—Columnas de San Pedro y de San Pablo.—*Secretarium Senatus*.—Iglesia de Santa Martina.—Inscripcion del arquitecto del Coliseo.—Templo de Remo.—Iglesia de Santos Cosme y Damian.—Piedra de los Mártires.—Templo de Faustino.—Templo de la Paz.—Tradicion.—Templo de Venus y Roma.—Iglesia de Santa María la Nueva.—Recuerdos de San Pedro y San Pablo.—Palabra de un inglés protestante.

A buena hora volvimos á emprender la visita en el punto en que la habíamos dejado: el Forum llamó nuestra atencion. Si os poneis en la cima del Capitolio y volveis las miradas hácia el Oriente, vereis desenvolverse á vuestros piés un inmenso valle largo y estrecho, limitado á la izquierda por el Viminal, á la derecha por el Palatino, y terminado por la vertiente del Cælius: este es el lugar del Forum romano, el más célebre de todos.

Al pié de la montaña, teniamos sobre la izquierda el arco de triunfo de Séptimo Severo; más léjos, orillando la Via Sacra, el templo de Faustina, las ruinas del templo de la Paz, las del templo de Venus y Roma, y más léjos aún, el gigantesco Coliseo; á la derecha, las ruinas del templo de Júpiter Tonante, de la Concordia, la columna de Phocas, la Grecostrasis y la colina oblonga del Palatino con sus ruinas imperiales; delante de nosotros, á la estremidad del Forum, se dibujaba en medio de la Via Sacra, el arco de Tito. ¡Oh Dios mio, vos sabeis cuán inefable impresion produjo en mí aquel panorama de ruinas! ¡vos sabeis cuánto me conmoví, y que permanecí mudo y aterrado al ver el arco de Tito, eterno monumento del delirio! si yo viviera un siglo, aquellas im-

presiones nada perderian de su vivacidad.

Antes de bajar del Capitolio para estudiar el Forum, es agradable conocer aquellas plazas tan famosas en la historia romana. Representaos un espacio de anchas proporciones, de forma oval ó cuadrada, rodeada de soberbios pórticos y enriquecido con monumentos suntuosos, *basilicee*. Allí ved agitarse á todo un pueblo que vá á tratar de los negocios públicos ó privados, á entregarse á los placeres, ó á admirar las obras maestras de las artes, y tendreis una idea de los forum antiguos. Roma contaba diez y siete ¹; los de mayor magnificencia eran, despues del *Forum romanum*, los de César, de Augusto, de Nerva, de Trajano, de Salustio, de Aureliano y de Diocleciano. Los particulares habian agregado á sus palacios y á sus *vilas* este género de magnificencia verdaderamente real. Entre estas últimas, una de las más célebres es el forum de Appuis, en medio de las Lagunas-Pontinas.

En cuanto al Forum romano, de que tenemos que ocuparnos, se sabe que fué establecido en la época de la paz entre Rómulo y Tácio, para servir de plaza pública y de mercado en Roma. En cuanto á lo demas, es bastante difícil hacer de él una descripcion exacta: ¡contaba tantos monumentos! Hé aquí los principales rasgos del cuadro. Su forma era un cuadrilongo rodeado de pórticos de dos pisos, sostenidos por columnas, y que servian para el paseo. Entre los intercolumnios se veia un *pluteus* ó pequeña pared bastante alta para ocultar á los paseadores de la vista de las personas que estaban abajo. César lo mandó cubrir por entero con telas magníficas, y este espectáculo, dice Plinio con una admirable sencillez, fué más bello que

un combate de gladiadores ¹. Basilicas, templos, columnas, estatuas innumerables, se admiraban en todas las fachadas del Forum y hacian de él el lugar más rico y más animado de la antigua Roma.

Las tres grandes basilicas eran las basilicas Opimia, Emilia y Julia; nada más.

A la derecha, partiendo del Capitolio, se encontraban los templos de la Fortuna, de Saturno, de la Concordia, de Vespaciano, la Grecostrasis ó sala de recepcion de los embajadores extranjeros, de la cual subsiste todavía una parte del arquitrabe; no léjos de allí veis la columna de Phocas, levantada á aquel emperador por Smaragdus, exarca de Italia en 608. Venian en seguida el arco Fabiano, edificado por Fabiano, vencedor de los Alobroges; el templo de Julio César, el arco de Tiberio, la Tribuna de las arengas. Cerca del templo de Saturno estaba el *millarium aureum*, columna de mármol blanco, coronada con una bola de bronce dorado y sirviendo de punto de partida á los grandes caminos del imperio, cuyas millas comenzaban á contarse desde esa columna, que se hizo famosa por la muerte de Galba. El lugar que ella ocupaba, basta tambien para llamar á vuestra vista el espectáculo horrible del asesinato imperial. Las basilicas y los templos estaban llenos de gente, pero en ninguna parte se escuchó un solo grito, una sola palabra: donde quiera el silencio del temor y de la desesperacion. Repentinamente, hé aquí que los soldados romanos, pretorianos y legionarios, se adelantaban furiosos á asesinar á su emperador, débil, sin armas y respetable por su edad. Con la lanza hácia abajo, y corriendo á rienda suelta, dispersan al pueblo, despre-

¹ Cæsar dictator totum Forum romanum in-textit, viamque Sacram, ab domo sua usque ad ctivum Capitolinum, quod munere ipso gladiatorio mirabilis visus tradunt. Lib. XIX, c. 1.—Donati, lib. II, c. 5.

¹ Es opinion de P. Víctor, *Regim. Urbes*. Onupho cuenta diez y nueve, *Descript. Urb. Rom.* 107.